

## LOS DECADENTISTAS

Creo que hablar de esta gente es necesario, en un libro donde se habla de Méjico . . . Y mucho más después de haber hablado de las yancas . . . Me dirán ustedes que no encuentran la relación entre una cosa y otra . . . Pues voy allá, mis dulces amigos. He hablado de esas señoras como cosa rara y llamativa, y á veces con sus puntos y comas de extravagante. Pues bien, las rarezas y las extravagancias se ofenderían si no se tratase de los *decadentistas*, que son muy fieles partidarios y sus más ardientes sostenedores.

En Méjico son muy aficionados á inspirarse en la literatura francesa, afición que me guardaré mucho de censurar, porque cada uno es muy dueño de inspirarse donde le dé la gana, y allá se las haya después con su conciencia. Lo malo aquí es que unos se inspiran en esa literatura y otros la copian, en lo que ya no puedo mostrar la misma conformidad.

Pues vean ustedes si soy de buen corazón y criterio amplio que hasta las copias y las imitaciones estaba dispuesto á justificarlas y aplaudirlas si copiaran lo bueno que en Francia se da, que se da mucho bueno.

Pero, no, señor; les ha dado la chifladura por copiar la escuela decadentista, esa

que materializa las sensaciones y los estados de alma, esa que disloca el lenguaje estirando y trastornando las relaciones entre cada idea y la palabra que la representa, esa que ha pretendido resucitar el olvidado gongorismo, aumentándolo y complicándolo con las fantasías, chifladuras y refinamientos de esta educación neurótica de fin de siglo. . .

Y los decadentistas de aquí no se contentan con copiar eso, sino que corrigen y aumentan por cuenta propia . . . En los franceses suele haber talento ó ingenio si quiera y originalidad, puesto que ellos han creado esa literatura, pero entre estos infelices faltan esas cualidades, desgraciadamente, y en cuanto á la originalidad ustedes se figurarán la que tienen cuando copian . . . De modo que si el decadentismo es disparatado y falto de sentido común, excuso decir cómo será aquí donde lo copian sin haberlo estudiado á fondo y sin tomarse el trabajo de amoldarlo siquiera al idioma español, de carácter y construcciones tan distintos á los de la lengua francesa.

De ahí que se vean á menudo, en las planas literarias dominicales de los periódicos de mayor circulación, articulazos á dos columnas con títulos grandes y llamativos, ó poestas en igual forma diciendo que la leche es blanca porque está en camisa y tiene frío, llamando azules á los pensamientos, citando «ideas espesas,» «tar-

des amarillas,» «vírgenes blancas,» diciendo que las piedras lloran, y otra porción de disparates, sandeces y comparaciones por el estilo, hijas de cerebros entontecidos por el alcohol y por lectura mal digerida de ciertas obras y por el inmoderado deseo de llamar la atención, sea como sea, y de parecer original, aun á costa del sentido común, y de deslumbrar con frases huecas y retorcidas á las almas cándidas, que cuanto menos entienden una cosa más sublime les parece que es, por lo mismo que no la entienden.

El decadentista no se contenta con llamar la atención con la pluma escribiendo jeroglíficos que él mismo no puede descifrar, buscando las palabras más raras en el diccionario y menos usuales y entendidas para meterlas, vengan ó no á pelo, y dejar estupefactos á los ya nombrados espíritus sencillos; desdendiando los títulos en español para ponerlos en griego, que viste más porque nadie lo entiende, y así en vez de decir himno, dice *epinicio*, y *asfodelos* y otra porción de palabras de las que Roque Barcia emplea en sus etimologías; empleando en lugar de un nombre cualquiera otro que en un sentido pueda tener igual ó parecida significación, y así en lugar de poner prólogo, pone *vestíbulo*, y otra porción de monerías de ese jaez; empleando toda la construcción gramatical francesa con las palabras españolas, de lo cual resulta un galimatías que ni los españoles ni

los franceses pueden entender; dejando caer citas en francés cuyo significado sabe de oídas, y formando, en fin, tan extrañas combinaciones que se vería apurado para explicar lo que acaba de escribir, pues la cuestión es que suene bien la forma, la disposición de las palabras, aunque en el fondo no representa idea ninguna y si dicen algo sea un disparate.

No, no se contenta con llamar la atención por ese lado, sino que también la llama por sus hechos, y se deja la melena, y aun la caspa, porque le han dicho que así andan en París, y hace ostentación muchas veces de abandono y de suciedad en la ropa, porque eso da carácter, y pone la mirada lánguida y se da aires de genio no comprendido, para que le admiren las masas, y se emborracha en todas las cantinas con «pajecillo rubio,» cognac, ó «dama verde,» ajeno, ó con lo que buenamente cae, aunque sea alcohol del que se usa en las lámparas, porque la cuestión es emborracharse y decir que se escribe inspirado por la bebida, y echárselas de pillin y de bohemio, porque en Francia hay bohemia, cosa que aquí nos es completamente desconocida, y procurar, por las maneras, por el desprecio á las groseras cosas mundanales y por todo que la gente, al ver pasar á un tipo de esos, diga llena de admiración, y con alguna desconfianza, por el miedo á un sablazo:

—¡Ahí va un decadentista!

Porque así como hay mucha gente que vive de un título académico que soñó en tener, así como hay otros que viven de lo que fueron, que en la actualidad son ex, así la mayor parte de los decadentistas viven de eso, de ser decadentistas, y no son otra cosa más que decadentistas. . . .

Este es el tipo clásico. Pero tenemos, para lo que ustedes gusten mandar, el decadentista fino, que también se deja las melenas, pero usa el peine, la pomada y la brillantina, viste á la moda y se cuida el traje, se emborracha, pero de otra manera más *chic*, y como sabe que Verlaine era un crapuloso se entrega á la crápula, y á ser pillín de chaqué, y á hablar despacio, porque el hombre no sabe pensar más que en francés y tiene que traducir, y á mirarlo todo con cierto airé de indiferencia y superioridad, compadeciendo á los mortales que nos arrastramos por la tierra, mientras él se sube todos los días á eso de las doce, á los espacios etéreos, y echa un párrafo con el buen Dios, á calumniar á todas horas á los astrós, y en fin, al vicio y á la orgía, porque él es así, pero á la orgía elegante, espiritual, y hasta en el cuarto de una mujer, á donde entró mediante su dinero, se pone á decirle cosas bonitas, y á llamarla virgen azul, y á hablar de Pierrrot y Colombina, mientras ella lee el periódico. . . .

Después de todo esto, ¿qué creen ustedes que son los decadentistas? Unos infe-

lices, nada más que unos infelices. Unos buenos muchachos que pudieran ser modelos de escritores, de tenedores de libros, etc., y de padres de familia, incapaces de hacer mal á sabiendas ni á las musas, á las que tanto maltratan. La pícaro vanidad les ha hecho elegir ese camino y ¿qué se le va á hacer? Pero tengan ustedes la seguridad de que son lo que se llama unos buenos muchachos.

Yo me he ocupado de ellos nada más que como curiosidad, como quien enseña un bicho raro, pero en el fondo ¡si vieran ustedes que simpáticos me son! Después de todo, bastante desgracia tienen los niños...

### Hasta luego. ¡Ya nos vemos!

Hemos quedado en algún artículo, bastante anterior á éste, en que aquí la guasa está á la orden del día, en que somos unos guasones de primera fuerza; nos abrazamos, nos hacemos demostraciones numerosas de inmenso cariño, nos ofrecemos el oro y el moro, cuanto tenemos y hasta lo que no tenemos, y todo sin que haya tal cariño ni la intención más pequeña de cumplir semejantes ofrecimientos. . . Y cada cual sabe que no puede ni debe creer una pala-

bra al otro, y sin embargo, las recibe con una sonrisa efusiva de cariño y agradecimiento, y á su vez le paga en la misma moneda, ofreciéndole más, si es posible, y mostrando mayor cariño aún, después de lo cual ambos se retiran muy satisfechos del modo que han tenido de representar la comedia y riéndose de sus respectivos papeles. ¿Qué, no es esto una guasa fina, una guasa elevada á su más alta expresión, guasa que todos usan y aceptan todos, como fórmula indispensable para vivir bien y que todos consideran ya como valor entendido?

Pues vean ustedes, por si no estuvieran convencidos todavía, otra de las manifestaciones de la guasa que circula como moneda corriente, por lo cual nadie se fija en ella.

Dos individuos se encuentran en la calle, se saludan, charlan y al despedirse se dan la mano y dicen los dos:

—Hasta luego.

Y ninguno lleva la intención de volver á ver al otro, como no le depare un nuevo encuentro la casualidad.

Es rara la persona que se despide sin decir el consabido «hasta luego.» Y esto aunque no piense volver á ver á su interlocutor en toda su vida. Sobre todos los demás, los indios no apean nunca esas palabras de la boca. Usted despide de su casa un criado, y claro está que cuando usted le despide es para que no vuelva, y él sabe

asimismo que no ha de volver. Pues sin embargo, al irse le dirá á usted:

—Hasta luego, señor.

Como si saliese una tarde de fiesta á paseo, con obligación de estar en casa á la hora de la cena...

Va á casa de usted un amigo, ó no amigo, á tratar de un negocio, lo tratan, y para dejarlo concluido se citan ustedes en tal fecha, dentro de quince días. ... Pues el amigo, al despedirse, le dice «hasta luego». ... Usted, si no conoce la costumbre, cree que el amigo no entendió bien la cita. Si la entendió, y sabe demasiado que no se han de ver hasta dentro de quince días, pero le dice á usted «hasta luego», como si hubiese de volver por ahí el mismo día.

En fin, se despiden dos en el andén de una estación, el uno vá para Europa y el otro se queda aquí, y á pesar de todo se dicen hasta luego. ¡Y es que se usan unos *luegos* tan elásticos! Yo estoy viendo llegar pronto la costumbre de substituir en las esquelas de defunción y en los parrafitos de los periódicos que anuncian la muerte de alguna persona el consabido final de «descanse en paz,» ya viejo y gastado, con este otro más en armonía con nuestro carácter:

¡Hasta luego!

El «hasta luego» éste se suele complicar con otra frasecilla que expresa aún más, lo cual viene á ser como remachar el clavo y

hacer la guasa todavía más fina. Se dice:

—Hasta luego. Ya nos vemos.

Esto es, nos vemos en seguida, dentro de un instante. . . Y no se vuelven á ver hasta que pasan dos ó tres semanas, ó meses, ó años, no porque no hayan podido, sino porque nunca tuvieron la intención de semejante cosa. El extranjero que viniese aquí tomando lo que se dice al pie de la letra, se fastidjaba. Encontraría á un individuo que le dijera al despedirse, «hasta luego, ya nos vemos». . . . ¡y se quedaría esperándole!

También se suele emplear otra añadidura á la frase «hasta luego,» todo para darle más fuerza á la expresión, hacer más grande la mentira y más completa la tomadura de pelo. Se dice:

—Ya vengo.

Es decir, vengo en seguida, dentro de un instante, voy, como quien dice, de aquí á la esquina, ¡no se vaya usted!

Y excusado es decir que ya no vuelven.

Ahora no me negará nadie que esto tiene mucha guasa. . . . Se dice hasta luego cuando puede ser dentro de un año; se dice ya nos vemos, y no se vuelven á ver; se dice ya vengo, y no viene el que lo dice. . . . Y todos sabemos que al decirlo mentimos, pero nós gusta tanto eso de tomarnos el pelo unos á otros. . .

El que ande por las calles de Méjico una hora siquiera creará que todos sus habitantes se reúnen diariamente en algún lado ó

viven juntos. Porque ve uno á los individuos despedirse en plena calle y todos dicen «hasta luego».

Es más, se encuentra usted un vendedor de cualquier cosa en la calle, al que no conoce usted, le compra algo de lo que venda, le paga y al despedirse de usted dice el vendedor:

—¡Hasta luego, niño!

Y probablemente no se volverá á encontrar al «niño» en toda su vida.

«Ahora bien,» lectores, á mí se me ha pegado esta costumbre, que todo se pega en este mundo, y lo malo con una facilidad prodigiosa. Y como este es, si ustedes no disponen otra cosa, que de seguro no la dispondrán, el último articulejo de este libro, permítanme que me despida de ustedes con la frase sacramental. . . . No tengan miedo de que falte á las costumbres del país. Sería una broma muy pesada el que yo viniese á amenazarles ahora con la reincidencia, con otro libro. Me despido como acostumbremos despedirnos en Méjico, porque somos así de bromistas.

Conque, pacientes y sufridos lectores, hasta luego.

¡Ya nos vemos. . . cualquier día!